

# The Soldier and the Hunchback: ! and ?

*El Soldado y el Jorobado: ! y ?*

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

# El Soldado y el Jorobado: ! y ?

"Espera siete desgracias del lisiado y cuarenta y dos del tuerto; pero cuando venga el jorobado, di: 'Alá nos asista'."

PROVERBIO ÁRABE.

## I

### INDAGACIÓN

Indaguemos en primer lugar: ¿qué es el escepticismo? La palabra significa mirar, preguntar, investigar. Hay que pasar de largo, con desprecio, la glosa del mentiroso cristiano que interpreta "escéptico" como "burlón"; aunque en cierto sentido para él es verdad, ya que indagar en el cristianismo es sin duda burlarse de él; pero a mí me interesa intensificar la connotación etimológica en varios aspectos.

Primero, no considero que la mera incredulidad sea necesaria para la idea, aunque la credulidad sea incompatible con ella. La incredulidad implica un prejuicio a favor de una conclusión negativa; y el verdadero escéptico debería estar perfectamente libre de sesgo.

Segundo, excluyo el "escepticismo vital". "¿Y pa' qué sirve na'?" espera (como aprendíamos a propósito de "nonne?") la respuesta: "¡Pues pa' na'!", y otra vez está prejuzgado. La indolencia no es ninguna Virtud en quien pregunta. Avidez,

atención, concentración, vigilancia: todo eso lo incluyo en la connotación de "escéptico". Ese preguntar al que se ha llamado "escepticismo vital" no es más que un artificio para evitar el verdadero preguntar, y por lo tanto su misma antítesis, el diablo disfrazado de ángel de luz. [O viceversa, amigo, si usted es satanista; es cuestión de palabras, palabras, palabras. Puede escribir x en lugar de y en sus ecuaciones, siempre que escriba sistemáticamente x en lugar de y. Las ecuaciones quedan iguales, y sin resolver. ¿No es todo nuestro "conocimiento" un ejemplo de esta falacia de escribir una incógnita en lugar de otra, y luego cantar victoria como el gallo de Pedro?]

Me imagino al verdadero escéptico como un hombre ávido y alerta, con los ojos profundos brillando como espadas afiladas, las manos tensas por el esfuerzo mientras pregunta: "¿Qué importa?". Me imagino al falso escéptico como un petimetre o un pisaverde, bostezando, de ojos apagados, con los músculos flojos, cuyo propósito al hacer la pregunta no es más que la expresión de su flojedad y su estupidez.

Este verdadero escéptico es en verdad el hombre de ciencia; como nos dice el "Moreau" de Wells. Ha ideado algún medio de responder a su primera pregunta, y su respuesta es otra pregunta. Es difícil, en efecto, concebir alguna pregunta cuya respuesta no implique otras mil. Una indagación tan sencilla como "¿Por qué es dulce el azúcar?" supone una infinidad de investigaciones químicas, cada una de las cuales lleva en último término a la pared en blanco: ¿qué es la materia?, y una infinidad de investigaciones fisiológicas, cada una de las cuales (igualmente) lleva a la pared en blanco: ¿qué es la mente? Aun

así, la relación entre las dos ideas es impensable; la causalidad misma es impensable; depende, para empezar, de la experiencia, y ¿qué es, en nombre de Dios, la experiencia? La experiencia es imposible sin memoria. ¿Qué es la memoria? La argamasa del templo del ego, cuyos ladrillos son las impresiones. ¿Y el ego? La suma de nuestra experiencia, puede ser. (¡Lo dudo!) De todos modos, tenemos valores de y y z para x, y valores de x y z para y: todas nuestras ecuaciones son indeterminadas; todo nuestro conocimiento es relativo, incluso en un sentido más estrecho que el que suele implicar esa afirmación.

Bajo el látigo del Dios payaso, nuestros burros amaestrados, los filósofos y los hombres de ciencia, dan vueltas y vueltas en la pista; tienen trucos divertidos: están hábilmente adiestrados; pero no llegan a ninguna parte.

Tampoco yo parezco estar llegando a ninguna parte.

## II

Un nuevo intento. Examinemos la más simple y la más cierta de todas las afirmaciones posibles: "El pensamiento existe", o, si ustedes prefieren, *Cogitatur*.

Descartes supuso haber tocado roca firme con su *Cogito, ergo sum*. Huxley señaló la naturaleza compleja de esta proposición, y que era un entimema en el que se suprimía la premisa *Omnes sunt, qui cogitant*. La redujo a *Cogito*; o, para evitar la suposición de un ego, *Cogitatur*.

Examinando más de cerca esta afirmación, todavía podemos objetar su forma. No podemos traducirla al inglés sin usar el

verbo ser, de modo que, después de todo, la existencia queda implicada. Tampoco concebimos fácilmente que un silencio desdeñoso sea respuesta suficiente a la pregunta ulterior: "¿Por quién es pensado?". Al budista quizá le resulte fácil imaginar un acto sin agente; yo no soy tan listo. Tal vez sea posible para un hombre cuerdo; pero me gustaría saber más de su mente antes de dar una opinión definitiva.

Pero dejando aparte las objeciones puramente formales, todavía podemos preguntar: ¿es verdadero este *Cogitatur*? Sí, responden los sabios; porque negarlo implica pensamiento; *Negatur* no es más que una subsección de *Cogitatur*. Esto supone, sin embargo, un axioma según el cual la parte es de la misma naturaleza que el todo; o (como mínimo) un axioma según el cual A es A.

Ahora bien, no quiero negar que A sea A, o que pueda ocasionalmente ser A. Pero sin duda *A es A* es una afirmación muy distinta de nuestro *Cogitatur* original. La prueba de *Cogitatur*, en suma, no descansa sobre sí misma sino sobre la validez de nuestra lógica; y si por lógica entendemos (como deberíamos entender) el Código de las Leyes del Pensamiento, el irritante escéptico tendrá muchas más observaciones que hacer: porque ahora resulta que la prueba de que el pensamiento existe depende de la verdad de lo que se piensa, por no decir más. Tomamos *Cogitatur* para intentar evitar el uso de *esse*; pero A es A implica esa misma idea, y la prueba tiene un defecto fatal. *Cogitatur* depende de *Est*; y no hay modo de evitarlo.

# III

¿Nos irá mejor si investigamos este *Est*: algo es, la existencia es, אהיה אשר אהיה?

¿Qué es la Existencia? La pregunta es tan fundamental que no encuentra respuesta. La meditación más profunda solo conduce a una exasperante sensación de impotencia. No hay, al parecer, ninguna idea racional simple en la mente que corresponda a la palabra.

Es fácil, desde luego, ahogar la pregunta en definiciones que nos llevan a una complejidad mayor; pero "La existencia es el don de la Divina Providencia", "La existencia es lo opuesto de la No Existencia", ¡no nos ayudan mucho! El llano "La Existencia es Existencia" de los hebreos va más lejos. Es la más escéptica de las afirmaciones, a pesar de su forma. La existencia es simplemente existencia, y no hay nada más que decir al respecto; ¡no se preocupen!

¡Ah, pero sí hay más que decir al respecto! Aunque busquemos en nosotros mismos un pensamiento que corresponda a la palabra, y fracasemos, tenemos sin embargo el argumento perfectamente convincente de Berkeley de que (hasta donde la conocemos) la existencia debe significar existencia pensante o existencia espiritual.

Aquí, pues, encontramos que nuestro *Est* implica *Cogitatur*; y los argumentos de Berkeley son "irrefutables, pero no producen convicción" (Hume) porque el *Cogitatur*, como hemos mostrado, implica *Est*.

Ninguna de estas ideas es simple; cada una supone la otra. ¿Es la división entre ellas en nuestro cerebro una prueba de la incapacidad total de ese órgano, o hay algún defecto en nuestra lógica?

Porque todo depende de nuestra lógica; no solo de la simple identidad A es A, sino de toda su estructura, desde la cuestión de las proposiciones simples, enormemente difícil desde el momento en que al genio detestable que inventó el "alcance existencial" se le ocurrió considerar el asunto, hasta esa complejidad y contradicción mayores, el silogismo.

## IV

"El pensamiento es" aparece entonces (en el peor caso posible, la negación) como la conclusión de las premisas:

Hay negación del pensamiento.
(Toda) negación del pensamiento es pensamiento.

Aun formalmente, es un monstruo torpe. En esencia, parece suponer mucho más que nuestra afirmación original. Recorremos cielo y tierra para hacer un silogismo; y una vez hecho, es diez veces más hijo del misterio que nosotros mismos.

No podemos discutir aquí todo el problema de la validez (la cuestión superficial de la validez lógica) del silogismo; aunque cabe deslizar la sugerencia de que la doctrina del término medio distribuido parece presuponer el conocimiento de un Cálculo de Infinitos que está sin duda más allá de mis pobres alcances, y que difícilmente resiste la simple reflexión de que toda la matemática es convencional y no esencial; relativa y no absoluta.

Vamos cada vez más hondo, entonces, al parecer, del Uno hacia lo Múltiple. Nuestra proposición primaria ya no depende de sí misma, sino de todo el complejo ser del hombre, ¡el pobre hombre, disputador y confuso! El hombre con todas sus limitaciones e ignorancia; ¡el hombre, el hombre!

## V

No somos, desde luego, más felices cuando examinamos lo Múltiple, por separado o en conjunto. Convergen y divergen, y cada nueva cumbre del conocimiento revela una vasta tierra inexplorada; cada aumento de potencia en nuestros telescopios abre nuevas galaxias; cada mejora en nuestros microscopios nos muestra una vida más diminuta y más incomprensible. ¡Un misterio de los poderosos espacios entre las moléculas; un misterio de los cojines de éter que impiden que las estrellas choquen! ¡Un misterio de la plenitud de las cosas; un misterio del vacío de las cosas!

Sin embargo, a medida que avanzamos, crece una sensación, un instinto, una premonición (¿cómo llamarlo?) de que el Ser es Uno, y el Pensamiento es Uno, y la Ley es Una, hasta que preguntamos: ¿qué es ese Uno? Entonces volvemos a hilar palabras, palabras, palabras. Y no tenemos ni una sola pregunta respondida en ningún sentido último.

¿De qué está hecha la luna? La ciencia responde: "De queso verde". Para nuestra única luna tenemos ahora dos ideas: el Verdor y el Queso. El verdor depende de la luz del sol, y del ojo, y de otras mil cosas. El queso depende de las bacterias y la

fermentación y la naturaleza de la vaca. "¡Más hondo, cada vez más hondo, en el fango de las cosas!"

¿Cortaremos el nudo gordiano? ¿Diremos "Hay Dios"? ¿Qué es, en nombre del diablo, Dios? Si (con Moisés) Lo imaginamos como un anciano que nos muestra Sus espaldas, ¿quién podrá culparnos? La gran Pregunta (cualquier pregunta es la gran pregunta) nos trata en verdad con esa desconsideración, ¡el Escéptico desencantado es demasiado propenso a pensar así!

Bien, ¿Lo definiremos como un Padre amoroso, como un sacerdote celoso, como un destello de luz sobre el Arca santa? ¿Qué importa? Todas estas imágenes son de madera y piedra, ¡la madera y la piedra de nuestros propios cerebros estúpidos! La Paternidad de Dios no es más que un tipo humano; la idea de un padre humano unida a la idea de inmensidad. ¡Otra vez Dos por Uno! Ninguna combinación de pensamientos puede ser mayor que el propio cerebro pensante; todo lo que podemos pensar de Dios o decir de Él, mientras nuestras palabras representen realmente pensamientos, es menos que el cerebro entero que piensa y ordena el habla.

Muy bien; ¿procederemos negándole todas las cualidades pensables, como hacen los paganos? Todo lo que obtenemos es la mera negación del pensamiento. O bien Él es incognoscible, o es menos que nosotros. Además, lo que es incognoscible es desconocido; y "Dios" o "Hay Dios", como respuesta a nuestra pregunta, se vuelve tan carente de sentido como cualquier otra.

¿Quiénes somos, entonces?

¡Somos agnósticos spencerianos, pobres, tontos, condenados agnósticos spencerianos!

Y ahí se acaba el asunto.

## VI

Ya es hora, sin duda, de que empecemos a cuestionar la validez de algunos de nuestros datos.

Hasta aquí nuestro escepticismo no solo ha hecho pedazos nuestra torre de pensamiento, sino que ha arrancado la piedra fundamental y la ha molido hasta un polvo más fino y más venenoso que aquel en que Moisés molió el becerro. ¡Estos Elohim de oro! Nuestras cabezas de becerro, que no nos sacaron de Egipto, sino que nos metieron en una oscuridad más profunda y más palpable que cualquier oscuridad del doble Imperio de Asar.

Hume puso su pequeño ? al ! del Dios de Berkeley; Buddha su ? al ! del Atman védico, y ni Hume ni Buddha se vieron privados de su recompensa. Nosotros podemos poner ? a nuestro propio ?, ya que no hemos encontrado ningún ! al cual ponérselo; y ¿no sería estupendo que nuestro propio segundo ? de pronto enderezara la espalda, sacara pecho y se marchara convertido en !?

Supongamos entonces que aceptamos que nuestro escepticismo ha destruido nuestro conocimiento de raíz: ¿no hay límite para su acción? ¿No se anula, en cierto sentido, a sí mismo? Habiendo destruido la lógica por medio de la lógica, si Satanás echa fuera a Satanás, ¿cómo permanecerá su reino?

Pongámonos de pie sobre el Monte, Salvadores del Mundo que somos, y respondamos "¡Apártate de mí, Satanás!", aunque absteniéndonos de citar textos o de dar razones.

¡Ajá!, dice alguien; ¿está aquí Aleister Crowley? ¡Sansón cegado y atado, moliendo trigo para los filisteos!

¡Nada de eso, querido muchacho! Haremos todas las preguntas que podamos hacer; pero quizá encontremos una torre edificada sobre una roca, contra la cual los vientos golpean en vano.

¡No lo que los cristianos llaman fe, estén seguros! Sino lo que (posiblemente) los falsificadores de las Epístolas (¡esos eminentes místicos!) entendían por fe. Lo que yo llamo Samadhi; y así como "la fe sin obras es muerta", así, buenos amigos, el Samadhi es pura patraña a menos que el practicante muestre el destello de su oro en su obra en el mundo. Si su místico se convierte en Dante, bien; si en Tennyson, ¡un higo por sus trances!

Pero ¿cómo resiste esta torre del Samadhi el asalto de la Hora de las Preguntas? ¿No es la idea del Samadhi tan dependiente como todas las demás ideas: hombre, tiempo, ser, pensamiento, lógica?

Si busco explicar el Samadhi por analogía, ¿no se me encuentra a menudo hablando como si supiéramos todo sobre la Evolución, y la Matemática, y la Historia? ¡Estudios complejos y nada científicos, meras pajas ante el soplo de nuestro amigo jorobado!

Bien, uno de los contrafuertes es simplemente la pequeña cuestión del sentido común. El otro día estaba yo con Dorothy y, según imaginaba tontamente, muy a gusto: porque sus sándwiches son célebres. Fue sin duda de mal gusto por parte del

Padre Bernard Vaughan, y del Dr. Torrey, y de Ananda Metteyya, y del señor G. W. Foote, y del Capitán Fuller, y del fantasma de Immanuel Kant, y del señor Bernard Shaw, y del joven Neuburg, entrometerse. Pero se entrometieron; ¡y cómo hablaban! Nunca oí cosa igual. Cada uno con su propio punto de vista; pero todos de acuerdo en que Dorothy no existía, o, si existía, era un espécimen espantoso, que sus bollos estaban duros y su té pasado; ergo, que yo lo estaba pasando muy mal. ¡Hablaban! ¡Dios bendito!

Pero Dorothy siguió tranquila y no les hizo caso; y al final me olvidé de ellos.

Pensándolo con calma, veo ahora que muy probablemente tenían toda la razón: no puedo probarlo ni en un sentido ni en otro. Pero, como mero hombre práctico, me propongo tomar el vapor (por mis pecados estoy en Gibraltar) de vuelta a Dorothy lo antes posible. Los sándwiches de bollo y salchicha alemana pueden ser vulgares y hasta imaginarios: es el sabor lo que me gusta. Y cuanto más mastico, más satisfecho me siento, hasta que llego a ofrecer un bocado a mis críticos.

Esto suena en cierto modo a la "Certeza Interior" del cristiano de lo más corriente; pero hay diferencias. El cristiano insiste en que se acepten mentiras notorias como parte esencial de su sistema (más a menudo, del sistema de ella); yo, por el contrario, pido hechos, observación.

Bajo el escepticismo, es cierto, uno es tan castillo de naipes como el otro; pero solo en el sentido filosófico. En la práctica, la Ciencia es verdadera; y la Fe es necia.

En la práctica, 3 × 1 = 3 es la verdad; y 3 × 1 = 1 es una mentira; aunque, escépticamente, ambas afirmaciones pueden ser falsas o ininteligibles.

En la práctica, el método de Franklin para obtener fuego del cielo es mejor que el de Prometeo o el de Elías. Estoy escribiendo ahora a la luz que el descubrimiento de Franklin permitió usar a los hombres.

En la práctica, "Concentré mi mente en un triángulo blanco y radiante en cuyo centro había un ojo resplandeciente, durante 22 minutos y 10 segundos, y mi atención se desvió 45 veces" es una afirmación científica y valiosa. "Oré fervientemente al Señor por espacio de muchos días" significa cualquier cosa o nada. Cualquiera que quiera hacerlo puede imitar mi experimento y comparar su resultado con el mío. En el segundo caso uno estaría siempre preguntándose qué significaba "fervientemente" y quién era "el Señor", y cuántos días hacían "muchos".

Mi pretensión, además, es más modesta que la del cristiano. Él (por lo común, ella) sabe más sobre mi futuro de lo que resulta del todo agradable; yo no reclamo nada absoluto de mi Samadhi (¡conozco demasiado bien la falta de valor de las observaciones hechas por uno solo, aun en un asunto tan simple como la determinación de un punto de ebullición!), y en cuanto al futuro de él (por lo común, de ella), me contento con el mero sentido común acerca del probable final de un necio.

De modo que, después de todo, mantengo intacto mi escepticismo, y mantengo intacto mi Samadhi. El uno equilibra al

otro; ¡no me importan nada las vulgares reyertas de estos dos lacayos de mi mente!

## VII

Si, no obstante, quisieran realmente saber qué podría decirse del lado soldadesco de la cuestión, procuraré complacerlos.

Para que una pregunta se formule de modo inteligible, es necesario que el consultante esté en el mismo plano que lo consultado.

La respuesta es imposible si se pregunta: ¿son triangulares los cuadrados redondos?, o ¿es virtuosa la manteca?, o ¿cuántas onzas entran en un chelín?, porque esas "preguntas" no son en realidad preguntas.

Así, si usted me pregunta: ¿es real el Samadhi?, respondo: primero, se lo ruego, establezca una conexión entre los términos.

¿Qué entiende usted por Samadhi? Hay un estado fisiológico (o patológico; ¡no importa ahora!) que yo llamo Samadhi; y ese estado es tan real (en relación con el hombre) como el sueño, o la embriaguez, o la muerte.

Filosóficamente, podemos dudar de la existencia de todos ellos; pero no tenemos fundamento para discriminar entre ellos (el escepticismo académico es una casa mayorista, espero), y en la práctica lo desafío a trazar distinciones válidas. Todos estos son estados de la conciencia del hombre; y si busca destruir uno, todos caen juntos.

# VIII

Debo, a riesgo de parecer que hago una digresión, insistir en esta distinción entre los puntos de vista filosófico y práctico, o (en lenguaje qabalístico) entre Kether y Malkuth.

En la conversación privada me resulta difícil (casi imposible) lograr que la gente entienda lo que a mí me parece un punto tan sencillo. Intentaré dejarlo excepcionalmente claro.

Una bota es una ilusión.
Un sombrero es una ilusión.
Por lo tanto, una bota es un sombrero.

Así argumentan mis amigos, sin distribuir el término medio. Pero yo argumento así:

Todas las botas son ilusiones.
Todos los sombreros son ilusiones.
Por lo tanto (aunque no es un silogismo), todas las botas y todos los sombreros son ilusiones.

Agrego:

Al hombre en Kether no le importa ninguna ilusión.

Por lo tanto:

Al hombre en Kether no le importan ni las botas ni los sombreros.

De hecho, el hombre en Kether está fuera de toda relación con estas botas y sombreros.

Usted, me dicen, pretende ser un hombre en Kether (yo no lo pretendo). ¿Por qué, entonces, no se pone las botas en la cabeza y los sombreros en los pies?

Solo puedo responder que yo, el hombre en Kether (es solo un argumento), estoy tan fuera de toda relación con pies y cabezas como con botas y sombreros. Pero ¿por qué habría yo (desde mi elevado pináculo) de rebajarme a molestar al caballero con cabeza y pies que está en Malkuth, quien después de todo no existe para mí, con estas drásticas alteraciones en su atuendo? No hay distinción alguna; bien podría ponerle las botas en los hombros, con la cabeza en un pie y el sombrero en el otro.

En suma, ¿por qué no ser un caballero irlandés de vida limpia, aunque tenga usted ideas insensatas sobre el universo?

Muy bien, dicen mis amigos, sin inmutarse; entonces ¿por qué no se atiene a eso? ¿Por qué glorificar a los gitanos españoles cuando se ha casado con la hija de un clérigo? ¿Por qué andar proclamando que se puede obtener por dieciocho peniques una diversión tan buena como la que suele costarles a los hombres una carrera?

¡Ah! Permítanme presentarles al hombre en Tiphereth; es decir, al hombre que intenta elevar su conciencia de Malkuth a Kether.

¡Este hombre de Tiphereth está en un aprieto de mil demonios! Conoce teóricamente todo sobre el punto de vista de Kether (o cree conocerlo) y prácticamente todo sobre el punto de vista de Malkuth. En consecuencia, anda contradiciendo a Malkuth; se niega a permitir que Malkuth obsesione su pensamiento. No deja de proclamar a gritos que no hay diferencia entre un macho

cabrío y un Dios, con la esperanza de hipnotizarse (por así decir) hasta alcanzar esa percepción de su identidad, que es su idea (parcial e incorrecta) de cómo se ven las cosas desde Kether.

Este hombre realiza gran magia; medicina muy fuerte. Encuentra de verdad oro en el estercolero y esqueletos en las muchachas bonitas. En Abiegnus, la Montaña Sagrada de los Rosacruces, el Postulante no encuentra más que un ataúd en el santuario central; pero ese ataúd contiene a Christian Rosencreutz, que está muerto y vive por los siglos de los siglos y tiene las llaves del Infierno y de la Muerte. ¡Sí! Su hombre de Tiphereth, hijo de la Misericordia y de la Justicia, ¡mira más hondo que la piel!

Pero parece un objeto bastante ridículo tanto al hombre de Malkuth como al hombre de Kether. Aun así, es el hombre más interesante que existe; y todos debemos pasar por esa etapa antes de que nuestras cabezas se aclaren realmente, la visión de Kether por encima de las Nubes que rodean la montaña Abiegnus.

## IX

Corriendo y volviendo, como los Querubines, podemos ahora retomar nuestro intento de instruir a nuestro amigo jorobado hasta hacer de él un soldado presentable.

La digresión no habrá sido del todo una digresión, por lo demás; porque habrá arrojado mucha luz sobre la cuestión de los límites del escepticismo.

Hemos cuestionado el punto de vista de Malkuth; resulta absurdo, convengamos. Pero la posición de Tiphereth sigue inconmovible; a Tiphereth no hace falta decirle que Malkuth es

absurdo. Cuando volvemos nuestra artillería contra Tiphereth, también ella se desmorona; pero Kether se alza ceñudo por encima de nosotros. Ataquen a Kether, y cae; pero el Malkuth yetzirático sigue ahí . . . , hasta que llegamos a Kether de Atziluth y la Luz Infinita, y el Espacio, y la Nada.

Así pues, nos retiramos sendero arriba, librando acciones de retaguardia; a cada momento un soldado es muerto por un jorobado; pero mientras nos retiramos siempre hay un soldado justo a nuestro lado. Hasta el final. ¿El final? Buddha creía infinita la provisión de jorobados; pero ¿por qué no habrían de ser infinitos en número los soldados mismos?

Sea como fuere, el punto es este: a un jorobado le lleva un momento matar a su hombre, y cuanto más nos alejamos de nuestra base, más tiempo le lleva. Se puede desmenuzar hasta las cenizas el mundo de ensueño de un muchacho, por así decir, entre los dedos; pero antes de poder derrumbar el universo físico sobre las orejas de un hombre, hace falta instruir a los jorobados tan endiabladamente bien que se parezcan terriblemente a soldados. Y una pregunta capaz de sacudir la conciencia del Samadhi podría, imagino, dar ventaja holgada a uno de los granaderos de Federico.

Es inútil atacar al místico preguntándole si está del todo seguro de que el Samadhi le hace bien a su pobre salud; es como pedirle al cazador que tenga mucho cuidado, por favor, de no lastimar al zorro. La Pregunta última, la que realmente hace pedazos el Samadhi, es una Idea tan prodigiosa que es mucho más un ! que todos los ! anteriores, sean cuales fueren, a pesar de su forma de ?. Y el nombre de esa Pregunta es Nibbana.

Tomemos esta cuestión del alma. Cuando el señor Judas McCabbage pregunta al Hombre de la Calle por qué cree en un alma, el Hombre balbucea que siempre lo ha oído decir; naturalmente, McCabbage no tiene ninguna dificultad en probarle por métodos biológicos que no tiene alma; y con una sonrisa radiante cada uno sigue su camino.

Pero McCabbage se desperdicia con el filósofo cuya creencia en un alma descansa en la introspección; necesitamos metal más pesado; Hume nos servirá, quizá.

Pero Hume, a su vez, se vuelve perfectamente fútil frente al místico hindú, que goza de un intenso y constante disfrute de su Atman recién hallado. Hace falta un cañón de Buddha para derribar su castillo.

Ahora bien, las ideas de McCabbage son banales y aburridas; las de Hume son vivas y viriles; hay en ellas una alegría mayor que la alegría del Hombre de la Calle. Así también el pensamiento de Buddha, Anatta, es una concepción más espléndida que el Ego del filósofo, semejante a una muñeca holandesa, o que la artillería racional de Hume.

Esta arma, además, que ha destruido nuestros universos menores, ilusorios, revelando siempre uno más real, ¿no la empuñaremos con éxtasis divino?

¿No percibiremos también la interdependencia de las Preguntas y las Respuestas, la conexión necesaria de unas con otras, de modo que (así como $0 \times \infty$ es una indeterminación) destruimos el absolutismo de ? o de ! por su alternancia y equilibrio, hasta que en nuestra serie ?!?!?!? . . . !?!? . . . no nos importe cuál pueda

resultar el término final, ya que cualquier término aislado es una cantidad tan despreciable en relación con la vastedad de la serie? ¿No es una serie en progresión geométrica, con un factor positivo e incalculablemente vasto?

A la luz del proceso entero, entonces, percibimos que no hay valor absoluto en la oscilación del péndulo, aunque su vástago se alargue, su ritmo se vuelva más lento y su recorrido más amplio en cada oscilación. Lo que debería interesarnos es la consideración del Punto del que cuelga, inmóvil en la cima de las cosas.

Estamos mal situados para observarlo, aferrados desesperadamente como estamos a la lenteja del péndulo, mareados por nuestro insensato vaivén en el abismo.

Tenemos que trepar por el vástago para alcanzar ese punto; pero, ¡esperen un momento! ¡Qué oscuro y sutil se ha vuelto nuestro símil! ¿Podemos atribuir algún sentido verdadero a la frase? Lo dudo, viendo lo que hemos tomado por los límites de la oscilación. Es cierto que puede ocurrir que al final la oscilación sea siempre de 360°, de modo que el punto ! y el punto ? coincidan; pero eso no es lo mismo que no tener ninguna oscilación, a menos que hagamos idéntica la cinemática a la estática.

¿Qué hacer? ¿Cómo se pronunciarán tales misterios? ¿Es por esto que se dice que el verdadero Sendero del Sabio está en un plano totalmente distinto de todo su avance en el sendero del Conocimiento y del Trance? Ya nos hemos visto obligados a

recurrir a la Cuarta Dimensión para ilustrar (si no explicar) la naturaleza del Samadhi.

Ah, dicen los adeptos, el Samadhi no es el fin, sino el comienzo. Deben considerar el Samadhi como el estado normal de la mente que les permite comenzar sus investigaciones, así como la vigilia es el estado desde el cual se elevan al Samadhi, y el sueño el estado desde el cual se elevaron a la vigilia. Y solo desde Sammasamadhi (trance continuo de la clase correcta) pueden elevarse, por así decir, en puntas de pie y atisbar a través de las nubes hacia las montañas.

Ahora bien, por supuesto es realmente de lo más amable de parte de los adeptos tomarse todo ese trabajo por nosotros, y exponerlo de modo tan bonito y claro. Todo lo que tenemos que hacer, ya ven, es adquirir Sammasamadhi, y luego ponernos en puntas de pie. ¡Exactamente!

Pero además están los otros adeptos. ¡Escúchenlo!

Hermanito, dice, consideremos más bien que, como el péndulo oscila cada vez más lentamente, deberá detenerse en última instancia, en cuanto el vástago sea de longitud infinita. ¡Bien! Entonces no es un péndulo en absoluto, sino un Mahalingam, el Mahalingam de Shiva (¡Namo Shivaya namaha Aum!), que es todo lo que siempre pensé que era; todo lo que hay que hacer es seguir oscilando con fuerza (¡ya sé que es colgarse de garfios!), y se llega en el Final.

¿Por qué molestarse en oscilar? Primero, porque se está obligado a oscilar, quiera uno o no; segundo, porque así se distrae la atención de esos músculos lumbares en los que el garfio está tan

firmemente clavado; tercero, porque después de todo es un juego estupendo; cuarto, porque uno quiere avanzar, y aun parecer que se progresa es mejor que quedarse quieto. Una noria, se admite, es buen ejercicio.

Es cierto que la pregunta "¿Por qué hacerse Arahat?" debería preceder a "¿Cómo hacerse Arahat?", pero un hombre sin prejuicios cancelará fácilmente la primera pregunta con "¿Por qué no?"; del Cómo no es tan fácil librarse. Luego, desde el punto de vista del Arahat mismo, ¡quizá este "¿Por qué me hice Arahat?" y "¿Cómo me hice Arahat?" tengan una sola solución!

En cualquier caso, estamos perdiendo el tiempo: ¡somos tan ridículos con nuestros Arahats como Herodes el Tetrarca con sus pavos reales!

Planteamos a la Vida la pregunta ¿Por qué?, y la primera respuesta es: para obtener el Conocimiento y Conversación del Santo Ángel Guardián.

Para atribuir sentido a esta afirmación debemos obtener ese Conocimiento y Conversación: y cuando lo hayamos hecho, podremos pasar a la Pregunta siguiente. No sirve de nada hacerla ahora.

"Hay quienes, orgullosos de su bolsa y sin un centavo, se plantan a la puerta de la taberna e injurian a los huéspedes."

Damos poca importancia al Reverendo Codos Rotos, que truena en la Capilla de Tablas Desnudas que el rico no obtiene ningún disfrute de su riqueza.

Bien, entonces. Consigamos el volumen titulado "El Libro de la Magia Sagrada de Abramelin el Mago"; o los escritos mágicos de ese santo e iluminado Hombre de Dios, el Capitán Fuller, y cumplamos plenamente sus instrucciones. Y solo cuando lo hayamos logrado, cuando hayamos puesto un ! colosal frente a nuestro ? vital, tendremos que preguntarnos si después de todo el soldado no irá a desarrollar una curvatura de la columna.

Demos el primer paso; cantemos:

"No pido ver
el sendero lejano; un paso me basta."

Pero (dirá usted sin duda) contrapongo a su ? mismo otro ?: ¿por qué cuestionar la vida en absoluto? ¿Por qué no seguir siendo "un caballero irlandés de vida limpia", contento con su hándicap y desdeñoso de tarjeta y lápiz? ¿No es el aguijón de Buddha, "Todo es dolor", poco más que un gemido de perro? ¿Qué me importan la vejez, la enfermedad y la muerte? Soy un hombre, y celta por añadidura. Escupo sobre su lloriqueante príncipe hindú, castrado por el libertinaje en primer lugar y por el ascetismo en segundo. ¡Un perro débil, sucio y mezquino, señor, su Gautama!

Sí, creo que no tengo respuesta para eso. La aprehensión súbita de alguna catástrofe vital pudo haber sido la causa excitante de mi consagración consciente al logro del Adeptado; pero sin duda la capacidad estaba ahí, innata. La mera desesperación y el mero deseo pueden poco; de todos modos, el primer impulso de temor fue el espasmo pasajero de una hora; el magnetismo del sendero mismo fue el verdadero señuelo.

Es tan necio preguntarme "¿Por qué te haces adepto?" como preguntarle a Dios "¿Por qué perdonas?". *C'est son métier*.

No soy tan necio como para pensar que mi doctrina pueda ganar alguna vez el oído del mundo. Espero que dentro de diez siglos los "crowleyanos nominales" sean un cuerpo tan pestilente y numeroso como lo son hoy los "cristianos nominales"; porque (por ahora) no he podido idear ningún mecanismo para excluirlos. Quizá debería más bien buscar hallarles un nicho en el santuario, así como el hinduismo provee por igual para quienes son capaces de los Upanishads y para aquellos cuya inteligencia apenas llega a los Tantras. En suma, hay que abandonar la realidad de la religión por un simulacro, para que la religión sea lo bastante universal como para que esos pocos que son capaces de su realidad se acurruquen en su pecho y nutran su naturaleza con su leche estrellada.

¡Pero nos adelantamos! Mi mensaje es, pues, doble; al burgués grasiento le predico el descontento; lo escandalizo, lo hago tambalear, le quito la tierra bajo los pies, lo pongo cabeza abajo, le doy hachís y lo hago correr enloquecido, le pellizco las nalgas con las tenazas al rojo vivo de mi fantasía sádica, hasta que se siente incómodo.

Pero al hombre que ya está tan inquieto como San Lorenzo en su parrilla de plata, que siente al Espíritu agitarse en él, como una mujer siente, y se marea con ello, el primer salto del niño en su vientre, a él le traigo la visión espléndida, el perfume y la gloria, el Conocimiento y Conversación del Santo Ángel Guardián.

Y a quienquiera que haya alcanzado esa altura le plantearé una Pregunta ulterior, le anunciaré una Gloria ulterior.

Es mi desgracia y no mi culpa estar obligado a entregar este Mensaje elemental.

"El hombre tiene dos caras: una para dar al mundo,
otra para mostrar a una mujer cuando la ama."

Debemos perdonar a Browning su chanza procaz; ¡porque su verdad es demasiado cierta! Pero es culpa de ustedes si son el mundo en lugar de la amada; ¡y solo ven de mí lo que Moisés vio de Dios!

Es repugnante tener que pasarse la vida arrojando barro a la cara del público británico con la esperanza de que, al lavarlo, se lave la grasa acre de su mercantilismo, las vetas salobres de sus lágrimas hipócritas, la transpiración pútrida de su moralidad, la baba chorreante de su sentimentalismo y de su religión. ¡Y no se lo lavan! . . . Pero tomemos una metáfora menos desagradable: ¡el látigo! Como escribió repetidamente cierto poeta escolar, de rimas tan pobres como las de Edwin Arnold, de métrica tan errática y tan buena como la de Francis Thompson, de buen sentido y franca indecencia a la altura de Browning:

"No hay remedio; hay que hacerlo,
así que . . ."

¡No! Es una mala, mala rima.

Y solo después del azote que hiere vendrá la vara que consuela, si se me permite tomar prestado un símil algo atrevido de Abdullah Haji de Shiraz y del Salmo veintitrés.

Bien, preferiría con mucho pasar mi vida en la vara; es fatigoso y repugnante estar constantemente azotando el duro cuero de los británicos, a quienes después de todo amo. "Al que el Señor ama, lo castiga, y azota a todo hijo que recibe." Me alegraré de veras si algunos de ustedes terminan con esto de una vez, ¡y vienen a sentarse en las rodillas de papá!

El primer paso es el más difícil; haz un comienzo, y pronto pondré al león jorobado y al unicornio soldado a pelear por tu corona. Y al final se echarán juntos, igualmente contentos, igualmente cansados; mientras que, sola y sublime, esa corona tuya (¡hermano!) resplandecerá en el Vacío helado del abismo, y sus doce estrellas llenarán ese silencio y esa soledad con una música y un movimiento más silenciosos y más quietos que ellos; te sentarás entronizado sobre lo Invisible, con los ojos fijos en Aquello que llamamos Nada, porque está más allá de Todo lo alcanzable por el pensamiento o el trance, tu mano derecha empuñando la vara azul de la Luz, tu mano izquierda cerrada sobre el azote escarlata de la Muerte; tu cuerpo ceñido con una serpiente más brillante que el sol, cuyo nombre es Eternidad; tu boca curvada como la luna en una sonrisa, en el beso invisible de Nuit, nuestra Señora de las Moradas Estrelladas; la carne eléctrica de tu cuerpo aquietada por pura fuerza en un movimiento cerrado sobre sí mismo en la furia contenida de Su amor; no, más allá de todas estas Imágenes estás tú (¡hermanito!), que has pasado del Yo y el Tú, y el Él, a Aquello que no tiene Nombre, ni Imagen. . . .

Hermanito, dame tu mano; porque el primer paso es difícil.

ALEISTER CROWLEY.

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar